

El caso de los siete relojes

ARTHUR CONAN DOYLE

El caso de los siete relojes



Arthur Conan Doyle

LIBROdot.com
<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como aporte o donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Encuentro anotado en mi libro de apuntes que fue en la tarde del miércoles 16 de noviembre de 1887, cuando la atención de mi amigo Mr. Sherlock Holmes fue atraída por el singular hombre que odiaba a los relojes.

He escrito en alguna parte que solamente oí un vago relato del asunto pues ocurrió poco después de mi boda. En realidad, en mi aseveración había ido tan lejos como para precisar que mi primera visita, después de mi boda, a Holmes, fue en marzo del año siguiente. Pero el caso en cuestión era tan extremadamente delicado, que confío que mis lectores sabrán excusar que fuera suprimido por una pluma que se guió siempre por la discreción antes que por el sensacionalismo.

Pocas semanas después de mi boda, mi esposa tuvo que abandonar Londres para un asunto que concernía a Taddeus Soltó y afectaba vitalmente a nuestro futuro destino. Resultándome insoportable nuestro hogar sin su presencia volví por ocho días a las antiguas habitaciones de la Calle Baker. Sherlock Holmes me recibió cordialmente, sin formular comentarios o preguntas. No obstante debo confesar que al siguiente día, que era el 16 de noviembre, comenzó bajo malos auspicios.

Hacía un tiempo desagradable, y helado por demás. Durante toda la mañana, la pardiamarillenta niebla se apelotonó contra las ventanas. Ardían las lámparas y los reverberos de gas, así como un buen fuego en la chimenea, y su resplandor se expandía sobre la mesa de la que, pasado ya el mediodía, aún no había sido retirado el servicio del desayuno.

Sherlock Holmes se hallaba pensativo y distraído. Retrepado en su sillón, arropado en un batín de color de piel de topo y con una pipa de madera de cerezo en la boca, hojeaba los periódicos de la mañana haciendo de cuanto en cuanto un comentario irónico.

-¿Encuentra usted pocos asuntos de interés? -le pregunté.

-Mi querido Watson -respondió-, comienzo a temer que la vida se ha convertido en una rasa y monótona llanura, desde el caso del famoso Blessington.

-Sin embargo -repliqué-, éste ha sido un año de casos memorables. Se halla usted sobrestimulado, mi querido compañero.

-¡Palabra, Watson, que no es usted precisamente el hombre más indicado para predicar sobre el tema! Anoche, después que me aventurara a ofrecerle una botella de Beaune en la cena, sostuvo usted tan denotadamente la tesis sobre las alegrías que proporciona el himeneo, que temí no debiera usted haberlo contraído.

-¡Querido compañero! ¿Quiere usted decir que me hallaba sobrestimulado por el vino?

Mi amigo me miró de manera singular.

-No por el vino quizá -dijo-. Sin embargo... -e indicó los diarios-. ¿Ha echado usted una ojeada sobre la jeringonza con que la prensa nos regala?

-Temo que no. Este artículo del *British Medical Journal*...

-¡Bien, bien!, -dijo-. Aquí hallamos columna tras columna dedicada a la próxima temporada de carreras. Por alguna razón parece asombrar perpetuamente al público inglés el que un caballo pueda correr mas velozmente que otro. De nuevo, y por undécima vez, tenemos a los nihilistas fraguando alguna negra conspiración contra el Gran Duque Alexei, en Odesa. Un artículo de fondo está consagrado por entero a la indudablemente aguda cuestión: “¿Deben casarse los dependientes del comercio?”

Me abstuve de interrumpirlo, para no aguijonear su mordacidad.

-¿Dónde está el crimen Watson? ¿Dónde esta la fantasía, dónde ese toque de lo *outré** sin el cual un problema en sí es como arena y hierba seca? ¿Acaso los hemos perdido para siempre?

-¡Escuche! -dije de pronto-. ¿No ha sonado la campanilla?

-Y se trata de alguien que por cierto lleva prisa a juzgar por el clamor.

Al unísono nos dirigimos a la ventana y miramos a la Calle Baker. La niebla habíase levantado en parte. Junto a la cera de nuestra puerta, se hallaba parado un elegante carruaje. En aquel preciso instante, un cochero de sombrero de copa y librea, estaba cerrando la portezuela, en cuyo lustroso panel aparecía distintamente una “M” dorada. Desde abajo nos llegó el murmullo de voces, seguido por rápidos y ligeros pasos en la escalera interior, y la puerta de nuestra sala se abrió de par en par.

* Francés: exagerado.

Creo que ambos nos sorprendimos al ver que nuestra visitante era una joven damita; digamos más bien una muchacha, pues apenas contaría unos dieciocho años; y raras veces había yo visto reunido en un rostro juvenil tanta hermosura y gentileza, así como sensibilidad. Su abundante cabello rojizo había sido confinado bajo un sombrero, y sobre su vestido de viaje llevaba puesto un chaquetón granate, adornado con tiras de astracán. En una de sus enguantadas manos sostenía un maletín de viaje con las iniciales "C.F.", en una especie de marbete. Su otra mano se hallaba posada sobre el pecho, como oprimiendo su corazón.

-¡Oh, por favor...! ¡Perdonen, por favor, esta intrusión!
-rogó con entrecortada aunque suave y melodiosa voz-. ¿Quién de ustedes, se lo ruego, es Mr. Sherlock Holmes?

Mi compañero inclinó la cabeza.

-Yo soy Mr. Holmes. Este es mi amigo y colega el doctor Watson.

-¡Gracias a Dios que lo he encontrado en casa! El objeto de mi visita...

Pero la recién llegada no pudo continuar. Balbució algo, un intenso rubor se extendió sobre su rostro, y bajó los ojos. Suavemente, Sherlock Holmes tomó el maletín de viajes de sus manos y empujó un sillón hacia la chimenea.

-Le ruego que tome asiento, señora y se sosiegue -dijo, dejando a un lado su pipa.

-Se lo agradezco, Mr. Holmes -respondió la joven, encogiéndose en el sillón y lanzándole a mi amigo una mirada de gratitud-. Se dice, señor, que puede usted leer en el corazón humano...

-¡Hum! Para el lirismo, temo que tenga usted que dirigirse a Watson.

-...Qué puede usted leer los secretos de sus clientes, y hasta lo que los trae donde usted, incluso antes de que aquellos, hayan dicho una sola palabra.

-Sobreestiman mis facultades -respondió Holmes-. Aparte de los hechos obvios de que usted es una dama de compañía, de que apenas ha viajado, aunque regresó recientemente de una estancia en Suiza y de que el asunto que aquí la trae concierne a un hombre que ha ganado su afecto, no puedo decir nada.

La joven damita se sobresaltó visiblemente, y yo mismo quedé desconcertado.

-¡Holmes! -no pude menos de exclamar-. ¡Esto es demasiado! ¿Cómo le ha sido posible saberlo?

-¡Sí! ¿De qué manera? -dijo como en un eco la damita desconocida.

-Lo he visto. Lo he observado. El maletín de viaje, aunque dista de ser nuevo, no aparece gastado ni estropeado por los viajes. Por lo demás, no necesita insultar su inteligencia, Watson, llamándole la atención sobre la etiqueta del “Hotel Splendide”, de Grindelwald, Suiza, pegada con goma en una de las esquinas del maletín.

-Pero, ¿y los otros detalles? -insistí.

-El atavío de la señorita, aunque de gusto impecable, no es ni nuevo ni suntuoso. Sin embargo, ha parado en el mejor hotel de Grindelwald y ha venido aquí en un coche de categoría. Puesto que sus propias iniciales “C.F.”, no concuerdan con la “M” inscrita en el carruaje, podemos suponerla desempeñando un puesto de confianza en casa de alguna familia acomodada. Su juventud hace desechar la suposición de que se trata de un ama de llaves, y así nos inclinamos por lo de señorita de compañía. Y en cuanto al hombre que se ha ganado su afecto, sus rubores y la expresión de sus ojos lo proclaman bien a las claras. ¡Absurdo! ¿No es así?

-¡Pero si todo esto es verdad, Mr. Holmes! -exclamó nuestra visitante apretándose las manos en evidente muestra de la más profunda agitación-. Me llamo Celia Forsythe, y por el espacio de más de un año he sido señorita de compañía de Lady Mayo, de Groxton Low Hall, en el condado de Surrey. Charles...

-¿Charles? ¿Ese es el nombre del caballero en cuestión?

Miss Forsythe asintió con un ademán de cabeza, pero sin alzar la vista.

-Si vacilaba en hablar de él –continuó-, fue porque temía que se rieran ustedes de mí. Lamentaría que me creyeran loca, o, aún peor, que pensarán que el pobre Charles lo está.

-¿Y por qué habíamos de creerlo así, Miss Forsythe?

-Mr. Holmes... ¡es que Charles no puede soportar la vista de un reloj!

-¿De un reloj?

-En la pasada quincena señor, y sin razón explicable, ha destruido siete relojes. ¡Dos de ellos en público y ante mis propios ojos!

Sherlock Holmes se restregó sus flacos dedos.

-Vamos -dijo-. Esto es muy satis... muy curioso. Continúe, por favor, su relato.

-Me desespera el hacerlo, Mr. Holmes, aunque voy a intentarlo. Durante el pasado año, fui muy feliz con mi empleo en casa de Lady Mayo. Debo decirle que mis padres fallecieron, pero que recibí una esmerada educación y las referencias que pude obtener para ocupar la plaza vacante, fueron afortunadamente satisfactorias. Lady Mayo, he de reconocerlo, es en cierto modo de apariencia repelente. Es de la vieja escuela, augusta y severa. Sin embargo, para mí ha sido la amabilidad personificada. Fue ella quien sugirió

que tomásemos las vacaciones en Suiza, temiendo que el aislamiento de Groxton Low Hall pudiera deprimirme el ánimo.

En el tren, entre París y Grindelwald, conocimos... a Charles. Debiera decir Mr. Charles Hendon.

Holmes se había retrepado de nuevo en el sillón, juntando las yemas de sus dedos, según era su hábito cuando se hallaba de talante judicial.

-¿Fue esta la primera vez que encontró al caballero?

-¡Oh, sí!

-Ya veo. ¿Y cómo trabaron conocimiento?

-Pues de una manera trivial. Mr. Holmes. Estábamos los tres solos en un compartimiento de primera clase. Los modales de Charles eran tan correctos, su voz tan bella, su sonrisa tan cautivadora...

-No lo dudo pero le ruego que sea precisa en los detalles.

Miss Forsythe abrió de par en par sus grandes ojos azules.

-Creo que fue la ventanilla -dijo-. Charles (debo decirles a usted que tiene unos ojos notables y un poblado bigote color castaño), se inclinó y solicitó de Lady Mayo el permiso para bajar la ventanilla. Ella asintió, y a los pocos momentos nos hallábamos todos charlando como antiguos amigos.

-¡Hum! Ya veo.

-Lady Mayo, a su vez, me presentó a Charles. El viaje a Grindelwald transcurrió rápida y felizmente. Pero no bien hubimos traspasado el umbral del "Hotel Splendide", cuando ocurrió el primero de los horribles sobresaltos que han hecho desgraciada mi vida desde entonces... A pesar de su nombre, el hotel es más bien pequeño y encantador. Al instante supe que Mr. Hendon era un hombre de alguna importancia, aunque él se había descrito modestamente como un simple caballero que viajaba con sólo un criado. El gerente del hotel, Mr. Branger, se aproximó y se inclinó profundamente ante Lady Mayo y también ante Mr. Hendon. Este cruzó algunas palabras en voz baja con Mr. Branger, quien volvió a repetir la profunda reverencia. Con lo cual Charles se volvió sonriente... y de súbito se alteró toda su compostura...

Aún lo estoy viendo allí de pie, con su larga casaca y su sombrero de copa, y con un grueso bastón de paseo bajo el brazo. Su espalda estaba vuelta un semicírculo ornamental de helechos y siemprevivas que encuadraban una chimenea de baja repisa y sobre la cual se hallaba un reloj suizo de exquisito diseño... Hasta aquel momento yo no había parado mientes en el reloj. Pero Charles, profiriendo un grito ahogado, se abalanzó hacia el hogar. Alzando el pesado bastón de paseo, lo abatió contra el reloj, asestándole golpe tras golpe hasta dar con él, hecho triza, en el suelo...

Luego, giró en redondo y regresó lentamente. Sin media una sola palabra de explicación sacó de su bolsillo la cartera y entregó a Mr. Branger un billete de una cuantía superior a diez veces el precio del reloj, comenzando luego a hablar volublemente de otros asuntos... Ya puede usted imaginarse, Mr. Holmes, que todos los presentes nos quedamos, como es fácil comprender, de una pieza.

Mi impresión era que Lady Mayo estaba asustada, a pesar de toda su aparente dignidad. Sin embargo, juraría que Charles no se había sentido asustado, sino simplemente, furioso y resuelto. En aquel momento me fijé en el criado de Charles, que se encontraba de pie al fondo, en medio del equipaje. Era un hombre pequeño y flaco, cuyo rostro estaba poblado con unas patillas desmesuradas; rostro que traducía tan sólo una expresión de embarazo y, aunque me duela pronunciar la palabra, de profunda vergüenza también... No se pronunció ni una sola palabra, y el incidente fue olvidado. Durante dos días, Charles estuvo tranquilo y sereno, pero a la tercera mañana, cuando nos encontrábamos para desayunar en el comedor, sucedió de nuevo. Las ventanas de la estancia tenían sus cortinones corridos casi por completo para preservarla de la reverberación del sol sobre las primeras nieves. El comedor estaba bastante lleno con otros huéspedes que ya se hallaban tomando su desayuno. Sólo entonces observé que Charles, quien acababa de regresar de un paseo matinal, llevaba todavía en la mano su pesado bastón.

-¡Respire este aire, señora! -estaba diciéndole alegremente a Lady Mayo-
. ¡Lo hallará tan vigorizador como cualquier comida o bebida!

En esto hizo una pausa y lanzó su mirada hacia una de las ventanas. Abalanzándose hacia ella golpeó con fuerza en el cortinón y luego lo descorrió a un lado para dejar al descubierto las ruinas de un gran reloj, cuyo diseño era el de un sonriente sol.

Creo que me hubiese caído desvanecida, de no haberme sostenido Lady Mayo por un brazo... -Miss Forsythe, que se había, despejado de sus guantes, se llevó ahora las manos a las mejillas, oprimiéndolas-. Pero Charles no solamente destrozaba los relojes, sino que los enterraba en la nieve, y hasta los ocultaba en el armario de su habitación.

Sherlock Holmes, que había permanecido todo el tiempo recostado en su sillón, con los ojos cerrados y la cabeza sumida en un cojín, abrió ahora los párpados.

-¿En el armario? -exclamó frunciendo el entrecejo- ¡Esto es aún más singular! ¿Cómo se dio cuenta de tal circunstancia?

-Para mi vergüenza, Mr. Holmes, me vi obliga a interrogar a su criado.

-¿Para su vergüenza?

-Es que no tenía el derecho de hacerlo. En mi humilde posición, Charles nunca hubiera... Quiero decir que yo no podía significar nada por él... ¡Yo no tenía derecho!

-Usted tenía todo el derecho del mundo, Miss Forsythe - replicó amablemente Holmes -. Así pues usted interrogó al criado que ha descrito como pequeño, flaco y con patillas desmesuradas. ¿Cuál es su nombre?.

-Su nombre creo que es Trepley. En más de una ocasión oí a Charles dirigirse a él llamándolo "Trep". Y juraría, Mr. Holmes, que es la criatura más fiel de toda la tierra. Incluso la vista de su tozudo rostro inglés, era un alivio para mí. Él sabía, adivinaba, mi am... mi interés, y por esto me contó

que su amo llevaba ya enterrada o escondido, otros cinco relojes. Aunque rehusaba a confesarlo, puedo decir que el pobre hombre compartía mis temores. ¡Pero Charles no está loco! ¡No lo está! Usted mismo debe admitirlo así, a causa del incidente final.

-¿Sí?

-Sucedió solo hace cuatro días. Debe usted saber que el departamento de Lady Mayo en el hotel, incluía una salita con un piano. Yo soy apasionadamente aficionada a la música, y acostumbraba a tocar, después del té, para Lady Mayo y Charles. Había apenas comenzado a hacerlo en aquella ocasión, cuando entró su criado con una carta para Charles.

-¡Un momento! ¿Observó usted el sello?

-Sí; era extranjero. -Miss Forsythe pareció sorprendida-. Pero seguramente la cosa no tendría importancia, puesto que usted...

-¿Puesto que yo...qué?

Una repentina expresión de aturdimiento, se manifestó en el rostro de nuestra clienta, y luego, como para ahuyentar alguna perplejidad, se apresuró a continuar su relato.

-Charles abrió el sobre, leyó el contenido de la misiva y se puso mortalmente pálido. Con una exclamación incoherente, se lanzó fuera de la salita. Cuando nosotras descendimos media hora más tarde, sólo descubrimos que él y Trepley habían partido con su equipaje. No dejó mensaje ni recado alguno. No lo he vuelto a ver desde entonces.

Celia Forsythe inclinó su cabeza, y las lágrimas se deslizaron de sus párpados.

-Ahora Mr. Holmes, yo he sido sincera con usted y quiero que usted lo sea igualmente conmigo. ¿Qué le decía usted en aquella carta?

La pregunta era tan alarmante, que me eché hacia atrás en mi silla. El rostro de Sherlock Holmes no tenía expresión alguna. Sus largos y nerviosos dedos, se hundieron en una tabaquera persa, y comenzó a llenar una pipa de arcilla.

-En la carta, ha dicho usted... -, confirmó él más que preguntó.

-¡Sí! Usted escribió aquella carta. Vi su firma. Es por esta razón que estoy aquí.

-¡Válgame Dios! -observó Holmes. Permaneció silencioso durante unos minutos, envuelto en el humo azul de su pipa y con la mirada fija y como ausente, posada sobre el reloj de la repisa.

-Hay ocasiones, Miss Forsythe -dijo por fin-, en las que uno debe reservarse sus respuestas. Sólo tengo una pregunta más que hacerle.

-Diga, Mr. Holmes.

-A pesar de todo, ¿mantuvo Lady Mayo su amistad con Mr. Charles Hendon?

-¡Oh, sí! Incluso intimó mayormente con él. Más de una vez la oí que lo llamaba Alec... seguramente era un apelativo íntimo... -Miss Forsythe hizo una pausa, con aire de duda y hasta de sospecha- ¿Qué es lo que ha querido usted dar a entender con esa pregunta?

Holmes se puso en pie.

-Tan sólo, señorita, que me agradecerá mucho intervenir, en este asunto por usted. Según tengo entendido, usted regresa a Groxton Low Hall esta noche...

-Sí. Pero seguramente usted tiene otras cosas que decirme además de esto... ¡Aún no ha contestado a ninguna de mis preguntas!

-¡Bien, bien...! Tengo mis métodos, conforme Watson puede decirle. Pero, ¿le parecería conveniente acudir aquí, pongamos por caso, dentro de una semana, a partir de hoy, a las nueve de la noche? Gracias. Espero tener entonces algunas noticias para usted.

Era claramente una despedida. Miss Forsythe se puso en pie y lo miró con tal aire de desamparo, que yo sentí la necesidad de prodigarle alguna palabra de consuelo.

-¡Cobre ánimo, señorita! -exclamé, tomando suavemente su mano entre las mías-. Debe usted depositar toda su confianza en mi amigo Mr. Holmes y, si puedo decir esto, también en mi.

Fui recompensado con una graciosa y agradable sonrisa. Cuando la puerta se cerró tras nuestra bella visitante, me volví hacia mi compañero y no pude menos de decirle con alguna aspereza:

-Me parece, Holmes, que debía haber tratado a esa joven dama con más simpatía.

-¡Hola! ¿Sopla el viento de ese lado?

-¡Holmes, qué vergüenza! -dije, dejándome caer en mi silla-. El asunto es trivial, no lo dudo. Pero lo que no llego a comprender es porqué le escribió usted una carta a ese loco romperrelojes.

Holmes se inclinó posando su largo y flaco dedo índice sobre mi rodilla.

-Watson, yo no escribí aquella carta.

-¿Qué? -exclamé.

-¡Tate, no es la primera vez que de mi nombre se han apropiado otros! Concurre en este caso una maquinación diabólica, Watson, o mucho me equivoco.

-¿Lo toma usted en serio, pues?

-Tan en serio, que esta misma noche parto para el Continente.

-¿Para el Continente? ¿Para Suiza, acaso?

-No, no ¿qué tenemos que hacer en Suiza? Nuestra pista está muy lejos de allí.

-¿Sin duda es eso evidente?

-¡Mi querido Holmes!...

-No obstante, casi todos los datos los tiene ante usted, y como ya informé a Miss Forsythe, usted conoce mis métodos. ¡Úselos pues Watson! ¡Úselos!

Los primeros reverberos titilaban ya a través de la niebla en la Calle Baker, cuando los sencillos preparativos de mi amigo quedaron ultimados. Alto y tocado con su gorro de orejeras y visera, echada sobre los hombros su amplia y larga capa, teniendo a sus pies su maletín de viaje, se detuvo en el pasillo que daba a la sala, mirándome con fijeza singular.

-Una última palabra, Watson, puesto que aún no parece ver usted claro. Le recuerdo que Mr. Charles Hendon no puede soportar el son...

-¡Pero si eso está claro suficientemente! ¡No puede soportar la vista de un reloj!

Holmes movió la cabeza denegando.

-No es precisamente esto -dijo-. Le llamo a usted la atención sobre los otros cinco relojes, según el relato de su criado.

-¡Mr. Charles Hendon no destrozó esos relojes!

-Precisamente es por esto que llamo su especial atención sobre ellos. ¡Hasta las nueve de la noche, dentro de una semana a partir de hoy, Watson!

Un momento después, me hallaba solo.

Durante la melancólica semana que siguió a aquellos acontecimientos, me distraje lo mejor que pude. Jugué al billar con Thurston. Fumé muchas pipas, y reflexioné sobre las notas que había tomado del caso Hendon. Uno no se asocia durante algunos años con Sherlock Holmes, sin llegar a ser más observador que la mayoría de las personas. Me parecía que algún oscuro y siniestro peligro se hallaba suspendido sobre aquella damita Miss Forsythe y no confiaba ni en el apuesto Charles Hendon, ni en la enigmática Lady Mayo.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

